

por más que este cliente tratara de persuadirle que fiel servidor de Yusuf, su señor entónces, no pudo obrar de otro modo que como lo había hecho.

Cuando Obaid, de vuelta en Córdoba informó á Yusuf y Samail de lo que había pasado en Torrox, exclamó este último: «Ya «esperaba que esta negociacion había de «frustrarse: bien os lo había dicho emir, de- «bisteis atacar á ese pretendiente durante «el invierno.» Este plan, bueno en si mismo pero desgraciadamente impracticable, había llegado á ser para Samail una especie de idea fija.

(a) A Amir á su hijo y Az. Zhorí dice la trad. del Ajbar Madjmua de D. E. Lafuente. (N. del T.)

(b) Zuleiman ben Xihel y Al-Hosain ben Ad-Dachn, id. id. (N. del T.)

(c) Creemos con el Sr. Lafuente que estas palabras muestran en efecto que desde la caída de los Omeyas, Yusuf se había declarado independiente, ó al ménos que este era el pensamiento con que lo halagaba Samail. (N. del T.)

(d) Debía hallarse, pues, cerca de Loja, Archidona é Iznajar. (N. del T.)

(e) Denominado «Tarik al-Frers «el que deja el caballo. (N. del T.)

XV. (1)

Para comenzar las hostilidades tuvieron ambos partidos que esperar al fin del invierno, que este año fué mas riguroso que de ordinario en Andalucía. Abderramen ó mas bien Obaidallah, pues este era quien lo dirigía todo, aprovechó esta forzada inacción para escribir á los jeques árahes y berberes, invitándolos á declararse contra Yusuf. Los yemenitas respondieron unánimemente que á la primera señal del principe tomarían las armas, para defender su cau-

(1) Véase el Akhbar madjmua, fól. 83 r.-91 r. libro que he seguido con preferencia á todos: Ibn-al-Coutia fól. 10 v.-13 r. Ibn-al-Abhar pág. 42, 50, 54, 55.

sa. Los berberes estaban divididos; unos se declararon por Yusuf, otros por el pretendiente. En cuanto á los jeques caisitas, seis solamente prometieron apoyar á Abderramen, tres de ellos tenían ódios personales contra Samail, y eran Djabir, hijo de aquel Ibn-Chiheb que Samail había enviado al país de los vascos, para que allí encontrase la muerte; Hosain, el compañero de Ibn-Chihab de cuyo destino debió participar, y Abu-Becr ib-Hihal el Abdita, que estaba irritado contra Samail, porque este le había pegado un día á su padre. Los otros tres pertenecian á la tribu de Thakif, que desde los tiempos del ilustre takifita Haddjadj eran ciegos partidarios de la causa de los Omeyas.

Entrambas naciones rivales, reforzadas por los berberes, iban, pues, á comenzar de nuevo, pero en mayor número y en mayor escala, la batalla de Secunda, dada diez años ántes. Las fuerzas de ambos partidos eran menos desiguales de lo que parecian á primera vista. El partido Omeya era superior en número; pero el pretendiente no podia contar mucho con la adhesión de los yemenitas, que en realidad no se interesaban por su causa, nó viendo en esta guerra más que un médio de vengarse de los maáditas. El

partido de Yusuf presentaba por el contrario una masa tan homogénea como es posible entre tribus árabes, siempre celosas las unas de las otras. Todos en este partido querían la misma cosa: el mantenimiento puro y simple de lo que existía. Yusuf bueno y débil anciano, que en nada estorbaba su amor á la independencia y á la anarquía, era precisamente el emir que convenía á los maáditas, y si le faltaba sagacidad, lo que sucedía con frecuencia, Samail, que aunque tuviera enemigos, aun entre los caisitas, gozaba sin embargo de la estima de la mayoría de sus contributos, estaba siempre allí para aconsejarlo y dirigirlo.

Al comenzar la primavera, sabiéndose en Torrox que Yusuf se preparaba para marchar contra su competidor, resolvieron dirigirse hácia el Oeste, á fin de atraerse durante esta marcha á los yemenitas, cuyo pais se iba á atravesar, y recibir á Yusuf con ventaja. Era preciso pasar primero por la provincia de Regip, habitada por la division del Jordan, y cuya capital era entónces Archidona. El-gobernador de este distrito era entónces un caisita llamado Djidar. Obaidallah le mandó preguntar si dejaría pasar al príncipe y á su ejército, y Djidar,

sea porque tuviese algun motivo de ódio contra Samail, sea que conociera la necesidad de ceder al voto de la poblacion, enteramente yemenita, (1) del distrito que gobernaba, le mandó esta respuesta. «Traed al príncipe á la «Mozalla» de Archidona, el «dia de la ruptura del ayuno y vereis lo «que hago.» Despues del medio dia indicado que en este año 756 caia el 8 de Marzo, llegaron, pues, los clientes con el príncipe á la «Mozalla» asi se llamaba una gran llanura en las afueras de la ciudad donde debía ser predicado el sermon á que todos los musulmanes de Archidona tenian obligacion de asistir. Cuando el predicador ó «Khatib» iba á comenzar por la fórmula ordinaria, que consistía en pedir la bendicion celeste para el gobernador Yusuf, Djidar se levantó y le dijo: «No pronuncieis ya «el nombre de Yusuf, sustituidle el de Abderramen hijo de Moawia, hijo de Hixem, «porque este es nuestro emir, hijo de nuestro emir.» Luego continuó dirigiéndose á la multitud: «Pueblo de Regio, qué opinais «acerca de lo que acabo de decir?—Pensa-

(1) Comparad con Ahmed Ibn-abi-Yacub, fól. 78 v.

«mos como vos,» gritaron por todas partes. El predicador suplicó, pues, al Eterno, que concediese su proteccion al emir Abderramen, y acabada la ceremonia religiosa, la poblacion de Archidona prestó juramento de fidelidad y de obediencia al nuevo soberano.

Sin embargo, apesar de esta prisa por reconocerle, el número de jeques que se reunieron con sus tropas al pretendiente no fué muy considerable. Esto fué compensado por la llegada de cuatrocientos ginetes de la horda berberisca (1) de los Beni-al-Khali, clientes del Califa Yezid II, que habitaban en el distrito de Ronda, (llamado entonces «Tá-Corona» (2) y que sabiendo lo que ha-

(1) Véase Ibn-al-Coutia, fól. 13 v.

(2) En este nombre propio, corona es el nombre latino y tá el prefijo berber. Este nombre característico era el de una de las fortalezas edificadas sobre el pico de una roca, tan numerosas en la Serranía de Ronda. El lugar que habitaban los Beni-al-Kelib, conserva aun su nombre edificado en Benadalid. Es una pequeña poblacion con un castillo muy pintoresco al sud de Ronda, en la ribera derecha del Genil. Véase Mármol, «Rebellion de los moriscos,» fól. 221, col. 1, y Roclefor de Scot, «Excursions in the mountains of Rouda and Granada,» t. I. pág. 83. El nombre de la tribu Kinená se ha conservado tambien en «Ximena» entre Jaen y Jodar, y en Torrememeno al norte de Mártos.

bía pasado en Archidona, habian partido aceleradamente para reunirse al ejército.

Pasando de la Provincia de Regio á la de Sidona, habitada por la division de Palestina, atravesó el príncipe, no sin trabajo, y por senderos escarpados que serpean á los lados de las rocas, á pico, la salvaje y pintoresca serranía de Ronda. Llegado al lugar donde habitaba la tribu maá dita, de Kinená, y que lleva todavía el nombre de Ximena, ligera alteracion de Kinena, no encontró allí mas que mugeres y niños, habiendo partido ya todos los hombres para reunirse con el ejército de Yusuf. Juzgando que no debia comenzar por egecuciones no les causó molestia alguna.

Reforzado por los yemenitas de la provincia de Sidona, que se juntaron á él en gran número, marchó el pretendiente á la provincia de Sevilla, habitada por la division de Emesa. Los dos jeques yemenitas mas poderosos de la provincia, Abu-Zabbah de la tribu de Yahcib y Hayat ibn-Molamis, de la tribu de Hadhramānt, salieron á su encuentro, y hácia mediados de Marzo hizo su entrada en Sevilla, donde se le juró. Muy poco despues, sabiendo que Yusuf se había puesto en movimiento por la ribera derecha

del Guadalquivir, para venir á atacarle en Sevilla, abandonó esta ciudad con su ejército y se dirigió sobre Córdoba, siguiendo la ribera opuesta del río, esperando sorprender la capital, que debería estar casi desguarnecida, y donde los clientes Omeyas y los yemenitas que la habitaban les prestarían auxilio.

Cuando llegaron en el distrito de Tocina, á la villa de Cotombera, (1) segun unos á la que se llamaba villanova de los Bahritas (hoy Brenes), segun otros (2) se notó que cada una de las tres divisiones militares, tenía su estandarte, pero que el príncipe no lo tenía. «¡Dios de bondad!» se digeron entónces los jeques, «la discordia vá á estallar entre nosotros.» Entónces el jeque sevillano Abuzabbah se apresuró á atar un turbante á una lanza y presentar al príncipe este estandarte que llegó á ser el paladium de los Omeyas. (a)

En tanto que Abderramen continuaba su marcha hácia Córdoba, Yusúf que había hecho una corta parada en Almodóvar pro-

(1) «Akbar madjmua» fól. 84 r.

(2) Ibn-al-Coutia fól. 11 r. Los Beni-Bahr eran añade sub-tribu de los Lakhmitas Breneses; una alteracion de la palabra árabe Bharin.

seguía la suya hacia Sevilla y pronto los dos ejércitos se encontraron frente á frente separados por el Guadalquivir, cuyas aguas habian crecido demasiado en esta estacion; (era el mes de Marzo) para que se pudiera vadear. Observábase de ambos lados. Yusuf que tenía prisa de atacar á su competidor, ántes que este hubiera recibido nuevos refuerzos, contemplaba con impaciencia el momento en que bajara la corriente. Por su parte el pretendiente quería marchar sobre Córdoba, sin que se apercibiera el enemigo. Á la entrada de la noche hizo encender los fuegos del vivac, á fin de hacer creer á Yusuf que había plantado su tienda, y luego, aprovechando la oscuridad se puso en camino con el más profundo silencio. Desgraciadamente para él, tenía que andar cuarenta y cinco millas árabes, y apenas había hecho una de camino cuando se apercibió Yusuf de su marcha clandestina. Sin perder un instante, el emir volvió piés atrás para proteger á su capital amenazada. Comenzó entónces una verdadera carrera á «pierde el postre,» pero viendo Abderramen queenella iba Yusuf á ganar el premio, trató de nuevo de engañarlo deteniéndose. Yusuf que desde la otra orilla observaba todos los

movimientos del enemigo hizo lo mismo, cuando Abderramen se puso en marcha hizo otro tanto, hasta que se detuvo repentinamente en Mozara, cerca de Córdoba, frente á su competidor, cuyo plan se había frustrado enteramente, con gran descontento de sus soldados, que no teniendo mas que garbanzos por alimento, esperaban indemnizarse en la capital de sus privaciones.

El jueves 13 de Mayo, dia de la fiesta Arafá, comenzó á decrecer el Guadalquivir, y Abderramen, convocando á los jefes de su ejército, que acababa de reforzarse con la llegada de muchos cordobeses, les habló en estos términos: «Es tiempo de tomar una última y breve resolución. Conocéis las proposiciones de Yusuf. Si juzgais que debo aceptarlas pronto estoy á hacerlo; pero si quereis la guerra yo tambien la quiero. Decidme, pues, francamente, vuestra opinion, cualquiera que ella sea, será la mia.» Habiendo opinado por la guerra todos los jefes yemenitas, su ejemplo arrastró á los clientes Omeyas, que en lo íntimo de su pensamiento no rechazaban aun la idea de un acomodamiento. Resuelta, pues la guerra, el príncipe tomó de nuevo la palabra. «Pues bien, amigos míos, le dijo: pasemos

«hoy mismo el rio, y hagamos de modo que
«mañana podamos dar la batalla, porque
«mañana es un dia feliz para mi familia, es
«viernes y dia de fiesta, y precisamente en
«viernes y en dia de fiesta fué cuando mi
«tatarabuelo dió el Califado á mi familia,
«obteniendo la victoria en la pradera de
«Rata, sobre otro fihirita que como el que
«vamos á combatir tenía un caisita por vi-
«sir. Entónces como ahora los caisitas es-
«taban de una parte y los yemenitas de otra.
«Esperémos, amigos míos que mañana será
«para los yemenitas y los Omeyas una jor-
«nada tan gloriosa como la de la Pradera de
«Raita.» Luego el príncipe dió sus órdenes
y nombró los jefes que habian de mandar
los diferentes cuerpos del ejército. Al propio
tiempo entabló una artera é insidiosa nego-
ciacion con Yusuf. Queriendo pasar el rio
sin combatir, y procurar bastimentos á sus
hambrientos soldados, le mandó á decir que
estaba pronto á aceptar las proposiciones
que se le habian hecho en Torrox, y que no
habian sido desechadas sino por causa de
una impertinencia de Khalib, y que en con-
secuencia esperaba que Yusuf no se opon-
dría á que pasara con su ejército á la otra
ribera, donde más cerca el uno del otro,

podrían proseguir más fácilmente las negociaciones, y que estando á punto de restablecerse la buena inteligencia, suplicaba á Yusuf se sirviera enviarle viveres á sus tropas.

Creviendo en la buena fé de su rival y esperando que podrían arreglarse los asuntos sin derramamiento de sangre, Yusuf cayó en el lazo. No sólo no se opuso al paso de sus tropas, sino que también le envió vacas y carneros. Un singular destino parecía ordenar que el viejo Yusuf secundára siempre sin saberlo los proyectos de su noble competidor. Ya una vez el dinero que había dado para que se armaran en su defensa los clientes Omeyas había servido para traer á España á Abderramen; en este el ganado que le envió sirvió para restaurar las fuerzas de sus enemigos que se morían de hambre.

Solo á la mañana siguiente, viernes 14 de Mayo, día de la fiesta de los sacrificios, se apercibió Yusuf de que se había dejado enganar. Vió entonces que el ejército de Abderramen, reforzado con los yemenitas de Elvira y de Jaen, que habían llegado con el día, se colocaban en orden de batalla. Obligado, pues á aceptar, dispuso sus tropas

para el combate, bien que no hubiese recibido aun los refuerzos que su hijo Abu-Zaid debía traerle de Zaragoza, y que estuvieran demasiado inquietos los caisitas que habian notado como Abderramen la singular semejanza que había entre esta jornada y la de la Pradera.

Trabóse el combate, el pretendiente rodeado de sus clientes, uno de los cuales Obaidallah llevarà su bandera, montaba un magnífico caballo andalúz, al que hacia sacar corbetas. No era preciso que todos los caballeros, ni aun siquiera los jefes tuviesen caballos; mucho tiempo despues eran todavía tan raros en Andalucía, que la caballería ligera iba de ordinario montada en mulos; (1) por eso el caballo de Abderramen, inspiró sospechas y temores á los yemenitas, que se digeron: «Este es muy jóven é ignoramos si es valiente. Quién nos garantiza que sobrecogido por el miedo no sé salve «por medio de este caballo andaluz, y que «arrastrando á sus clientes en la fuga no in-

(1) En el siglo X Juan de Gorza embajador del Emperador Oton I, en la córte de Abderramen III, vió en Córdoba la caballería ligera montada en mulos un dia de gran parada. «Vita Johannis Gorziensis» c. 132.

«trodúzca el desórden en nuestras filas?» Estas murmuraciones, cada vez más acen-
tuadas, llegaron á oídos del príncipe, que
llamó al punto á Abu-Zabbah, uno de los
que mostraban mayor recelo. Llegó el jeque
sevillano montado en su mulo viejo, y el
príncipe le dijo: «Mi caballo es demasiado
«fugoso, y con sus saltos me impide apun-
«tar bien. Yo quisiera tener un mulo y no
«veo en todo el ejército ninguno que me
«convenga tanto como el vuestro; es dócil
«y á fuerza de encanecerse se ha puesto
«blanco de negro que era. Me viene, pues,
«á pedir de boca, porque quiero que mis
«amigos puedan reconocerme por mi cabal-
«gadura, si las cosas van mal, lo que Dios
«no quiera, no habrá mas que seguir á mi
«mulo blanco: él mostrará á cada uno el ca-
«mino del honor. Tomad, pues mi caballo y
«dadme vuestro mulo.—Pero no valdría más
«que el emir permaneciera á caballo? bal-
«buceó Abu-Zabbah, sonrojándose de ver-
«güenza.—No por cierto, replicó el príncipe
«saltando gallardamente á tierra, y cabal-
«gando en el mulo.» Tan luego como los ye-
menitas lo vieron montado en este viejo y
pacífico animal, despecharon sus temores.

El éxito del combate no estuvo dudoso

mucho tiempo. La caballería del pretendiente arrolló el ala derecha y el centro del ejército enemigo, y Yusuf y Samail, después de haber sido testigos cada uno de la muerte de uno de sus hijos, buscaron su salvación en la fuga. (b) Solo el ala derecha compuesta de caisitas y mandada por Obaid se tuvo firme hasta el mediodía, y no cedió sino cuando casi todos los caisitas de distinción, y el mismo Obaid hubiera muerto.

Los yemenitas victoriosos, ante todo se apresuraron á entregarse al saqueo. Unos fueron al abandonado campamento del enemigo, donde encontraron las viandas que Yusuf había hecho preparar para sus soldados, y además un botín considerable; otros al palacio de Yusuf en Córdoba, y dos hombres de esta banda que pertenecían á la tribu yemenita de Tai, franquearon el puerto á fin de hacer otro tanto con el de Samail en Secunda. Entre otras cosas hallaron allí un cofre con diez mil monedas de oro. Samail vió y conoció desde lo alto de una montaña situada en el camino de Jaen, á los dos individuos que se llevaban su cofre, y como aunque derrotado y privado de un hijo muy querido, había conservado todo su orgullo, exhaló al punto su cólera y

su deseo de venganza en un poema, del cual han llegado hasta nosotros estos dos versos:

«La tribu de Tai ha tomado mi dinero en depósito, pero día vendrá en que este depósito sea retirado por mí... Si quereis saber lo que pueden mi lanza y mi espada no teneis mas que preguntar á los yemenitas «y si ellos guardan un silencio sombrío los numerosos campos de batalla que han sido testigos de sus derrotas responderán por ellos y proclamarán mi gloria.»

En el palacio de Yusuf, Abderramen tuvo mucho que trabajar para echar á los saqueadores, y solo lo consiguió dándoles vestidos, de que decian carecer. El haren de Yusuf estuvo tambien amenazado del mayor peligro, pues los yemenitas en su odio contra el viejo emir, no tenian intencion de respetarlo. La esposa de Yusuf Omm-Othman, acompañada de sus dos hijas, vino, pues á reclamar la proteccion del príncipe. «Primo, le dijo ella, sed bueno para nosotros, puesto que Dios lo ha sido para vos. — «Yo lo seré, contestó este conmovido por la suerte de estas mugeres, en las cuales veia á miembros de una familia aliada á la suya, y ordenó al punto que se fuera á buscar

«al Zahib-az-Zalat» el superior de la mezquita. Cuando el que tenía entonces esta dignidad, que era un cliente de Yusuf hubo llegado, Abderramen le mandó conducir estas mujeres á su morada, especie de santuario, donde estarían al abrigo de la brutalidad de la soldadesca, y les devolvió hasta los objetos preciosos que había podido arrancar á los saqueadores. Para mostrarle su reconocimiento, una de las hijas de Yusuf le hizo el regalo de una jóven esclava, que más adelante dió á luz á Hixem, el segundo emir omniada de España. (1)

La noble y generosa conducta de Abderramen descontentó extraordinariamente á los yemenitas. Les impedía saquear, á ellos, que se prometían un rico botin; tomaba bajo su proteccion mujeres que codiciaban: eran otras tantas usurpaciones de los derechos que creían haber adquirido. «Es parcial para su familia, se decian los descontentos, y pues que á nosotros es á quien debe su victoria, nos debería mostrar un poco mas de reconocimiento.» Aun los yemenitas más moderados, no desaprobaban del

(1) Compárese Ibn-al-Coutia, fól. 12 r. y el «Akhbar madjmua» fól. 86 v. con Khochart, p. 219.

todo estas murmuraciones, pues bien que dijeran que el príncipe había hecho perfectamente, se veía en la expresión de su fisonomía que no hablaban así sino en descargo de su creencia; pero en el fondo de su alma daban la razón á los mal contentos. En fin, como no habían prestado ayuda á Abderamen más que para vengarse de los maá-ditas, y este objeto se había conseguido: uno de ellos se acaloró hasta decir: «Hemos concluido con nuestros enemigos los maá-ditas. Este hombre y sus clientes pertenece á la misma raza. Volvamos ahora nuestras armas contra ellos, matémosle, y en un solo día habremos obtenido dos victorias (en lugar de una.» Esta infame proposición fué debatida con sangre fría, como si se tratara de la cosa más natural: unos la aprobaban, otros la desaprobaban. Entre los últimos se contaba toda la raza de Codhaa, á que pertenecían los keblitas. Aun no se había tomado una decisión, cuando Thalaba noble-Djodhamita de la división de Sidona fué á revelar al príncipe el complot que se tramaba contra él. Un motivo personal le impulsó á ello. Apesar de su noble origen había sido vencido por sus competidores, cuando sus contributos habían eleji-

do jefes, y habiendo opinado en favor de la proposicion, sus felices rivales creian haber hallado un excelente medio de vengarse de ellos. Habiendo, pues advertido á Abderramen; le dijo que no podia fiarse mas que de los Codhaa, y que el que había apoyado la proposicion más que ninguno, era Abu-Zab-bah. El príncipe le dió las gracias con efusion, prometiendo recompensarle mas adelante (á lo que no faltó), y tomó sus medidas sin perder momento. Nombró al kélbita Abderramen, ibn-Noaim prefecto de la policía de Córdoba, y se rodeó de todos sus clientes, que organizó como guardias de corps. Cuando los yemenitas se apercebieron de que se había hecho traicion al proyecto, que meditaban, juzgaron prudente abandonarlo, y dejaron ir á Abderramen á la gran Mezquita, donde pronunció en calidad de íman la oracion del viernes, y arengó al pueblo, prometiéndole reinar como buen príncipe.

Dueño de la capital Abderramen, no lo era todavía de España. Yusuf y Samail, aunque hubiesen experimentado una gran derrota, no desesperaban de restablecer su cáusa. Segun el plan que habian acordado al separarse, despues de la fuga, Yusuf marchó á

buscar socorros en Toledo, mientras que Samail se presentó en la division de Jaen, á que pertenecía, donde llamó todos los maá-ditas á las armas. En seguida Yusuf vino á reunírsele con las tropas de Zaragoza que había encontrado en el camino, y con las de Toledo. Entónces ambos gefes obligaron al gobernador de Jaen á encerrarse en la fortaleza de Mentesa, y al de Elvira á buscar un refugio en las montañas. Al mismo tiempo Yusuf que había sabido que Abderramen se preparaba á marchar contra él, ordenó á su hijo Abu-Zaid ganar á Córdoba por un camino diferente del que seguía Abderramen, y apoderarse de la capital, lo que no le sería difícil, considerando que la ciudad no tenía mas que una guarnicion escasa. Si se lograba este plan, Abderramen se vería obligado á volver piés atrás para recuperar á Córdoba, y Yusuf ganaría tiempo para engrosar su ejército. El plan se logró en efecto. Abderramen se había puesto ya en camino cuando Abu-Zaid atacó de improviso la capital, se hizo dueño de ella, sitió á Obaidallah, que con algunos guerreros se había retirado á la torre de la Gran Mezquita, y le obligó á rendirse. Pero habiendo sabido poco tiempo despues que Abderra-

men volvía atrás para atacarle, dejó á Córdoba, llevándose consigo á Obaidallah y dos jóvenes esclavos del príncipe que habia hallado en palacio. Los jeques que lo acompañaban le censuraron esto públicamente: «Vuestra conducta es menos noble que la de Abderramen, le digeron, porque teniendo en su poder á vuestras hermanas y á las mujeres de nuestro padre, las respetó y las protegió mientras que vos os apropiáis mujeres que le pertenecen.» Abu-Zaid conoció que decian la verdad, y cuando estuvo á una milla al norte de Córdoba, mandó levantar una tienda para las dos esclavas que instaló allí despues de haberles devuelto sus efectos. Luego fué á juntarse con su padre en Elvira.

Cuanto Abderramen supo que Abu-Zaid habia dejado á Córdoba, marchó rápidamente contra Yusuf, pero las cosas se rodearon de otra manera que se esperaba. Conociéndose demasiado débiles para resistir al príncipe, á la larga, Yusuf y Samail le enviaron proposiciones declarando que estaban prontos á reconocerlo por emir, siempre que les garantizaran todo lo que poseian, y concediera una amnistía general. Abderramen las aceptó, estipulando por su parte que Yusuf

le entregaría en rehenes á sus dos hijos, Abu-Zaid y Abu-'l-Aswad, comprometiéndose á tratarlos dignamente, sin imponerles otra obligacion que la de no abandonar su palacio, y prometiendo devolverlos á su padre, tan luego como él estuviera enteramente restablecido. Durante estas negociaciones, el español Khalib, prisionero de Abderramen, fué cangeado por Obaidallah, prisionero de Yusuf. Por un extraño juego de la fortuna, el cliente Omeya fué cangeado por el mismo que había hecho prender.

Reconocido por todos como emir de España Abderramen, con Yusuf á su derecha, y Samail á su izquierda, volvió á tomar el camino de Córdoba (Julio 75). Durante todo el viaje, Samail se mostró el hombre más cortés y bien educado del mundo, y Abderramen acostumbraba á decir posteriormente: «Cierto es que Dios concede el gobierno «segun su voluntad, y nó segun el mérito «de los hombres! Desde Elvira hasta Cór- «doba Samail estuvo siempre á mi lado, y sin «embargo, su rodilla no tocó jamás la mia, «jamás me hizo una pregunta que pudiera «parecer indiscreta, y jamás comenzó una «conversacion sin que yo le hubiese dirigi-

«do la palabra.» (1) El príncipe, añaden los coreiscitas, no tuvo motivo para hacer parecido elogio de Yusuf.

Todo marchó bien durante algun tiempo. Los manejos de los enemigos de Yusuf, que querian formarle pléitos bajo pretesto de que se había apropiado tierras á las que no tenía derecho, quedaron sin despachar. (d) Samail gozaba de gran favor en la córte, y hasta los consultaba muchas veces Abderamen en graves y difíciles coyunturas. Samail se había resignado con su suerte, y Yusuf incapáz de tomar por si solo ninguna resolucion importante, acaso se hubiera acomodado tambien á su papel secundario si hubiese estado rodeado de nobles coreiscitas, fihiritas y hachdimitas, que habiendo ocupado las mas altas y lucrativas dignidades, durante su reinado, y no pudiendo resignarse á la oscura condicion á que se veian reducidos, se esforzaban en excitar al emir antiguo contra el nuevo, dando una interpretacion torcida á las menores palabras del príncipe. Y consiguieron demasiado sus

(1) Ziyad hermano bastardo de Moawia I, y gobernador del Irac, hace un elogio semejante, hablando de Haritha. Véase Ibn-Khallican, t. I, pág. 325, ed. de Slane.

propósitos. Resueltos á tentar una vez más la suerte de las armas, solicitó Yusuf en vano el apoyo de Samail y el de los caisitas, pero consiguió más de los baladies (asi se llamaban los árabes que vinieron á España antes de los sirios,) principalmente de los de Lacant. (1) Mérida y Toledo, y en el año 758 recibió Abderramen un dia la noticia de que Yusuf había huido en direccion á Mérida. Lanzó al punto escuadrones en su persecucion, pero en vano. Entónces hizo traer á Samail y le reprochó duramente haber favorecido la evasion de Yusuf. «Estoy inocente, respondió el caisita; la prueba es que no lo he acompañado, como lo hubiera hecho, si fuera su cómplice.—Es imposible que Yusuf haya dejado á Córdoba sin consultaros, replicó el príncipe, y vuestro deber era advertírmelo.» Y lo mandó encerrar en una prision, como tambien á los dos hijos de Yusuf que se hallaban en palacio en calidad de rehenes.

Yusuf, despues de haber reunido en Mérida sus partidarios árabes y berberes, tomó con ellos el camino de Lacant, cuyos ha-

(1) Este lugar se hallaba probablemente en los alrededores de Fuente de Cantos, al N. O. de Sevilla.

bitantes se unieron á él, y de aquí marchó sobre Sevilla. Habiendo acudido á su bandera casi todos los baladíes de esta provincia, y un gran número de sirios, pudo comenzar á la cabeza de veinte mil hombres, el sitio de esta ciudad, donde gobernaba un pariente de Abderramen, llamado Abdelmelic, que el año anterior había llegado á España con sus dos hijos. Pero creyendo en seguida que este gobernador que no tenía bajo sus órdenes más que una escasa guarnicion no se atrevería á emprender nada contra él, resolvió dar sin tardanza un gran golpe, marchando directamente sobre la capital, ántes que los árabes sirios del medio día hubiesen tenido tiempo de llegar á ella. Frustróse este plan, porque mientras que Yusuf estaba todavía en camino, llegaron los sirios á Córdoba y Abderramen salió con ellos al encuentro del enemigo. Por su parte el gobernador de Sevilla recibió presto un refuerzo con la llegada de su hijo Abdallah, que creyendo á su padre sitiado en Sevilla, había venido á su socorro con las tropas de Moron, de cuyo distrito era gobernador, y entónces padre é hijo resolvieron ir á atacar á Yusuf, durante su marcha. Advertido éste de los movimientos del ene-

migo, y temiendo ser cogido entre los dos fuegos, se apresuró á retroceder para aniquilar primero las tropas de Sevilla y de Moron. Á su aproximacion, Abdelmelic que quería dar tiempo á Abderramen para llegar, se retiraba lentamente; pero Yusuf le obligó á detenerse y aceptar el combate. Como de ordinario comenzó la batalla por un combate singular. Un berber, cliente de una familia fihirita, salió de las filas de Yusuf gritando: «¿Hay alguno que quiera ponerse conmigo?» Como era un hombre de colosal estatura y de prodigiosa fuerza, ninguno de los soldados de Abdelmelic osó aceptar el desafío. «Hé aquí un principio muy propio para desanimar á nuestros soldados, dijo entónces Abdelmelic, y dirigiéndose á su hijo Abdallah: «Vé hijo mio, de dijo, vé á luchar con ese hombre, y que Dios te ayude;» ya iba Abdallah á salir de las filas para cumplir la órden de su padre, cuando un abisinio, cliente de su familia, llegóse á él y le preguntó lo que iba á hacer: «Á combatir á ese berber,» le respondió Abdallah. «Dejadme á mí ese cuidado,» dijo entónces el abisinio, y en el mismo instante salió al encuentro del campeón.

Los dos ejércitos esperaban con ansiedad

el resultado del combate. Los dos adversarios eran iguales en estatura, en fuerza y bravura, así que la lucha continuó algún tiempo sin ventaja de uno ni de otro; pero estando el piso húmedo á causa de la lluvia el berber se resbaló y cayó al suelo. Mientras que el abisinio se lanzaba contra él y le cortaba las piernas; enardecido el ejército de Abdelmelic con el triunfo de su campeón, lanzó el grito de «Dios es grande» y cayó sobre la hueste de Yusuf, con tanto ímpetu que la puso en huida. Un solo ataque había decidido, pues, la suerte de la gran jornada; pero Abdelmelic no tenía bastantes tropas para sacar de su victoria el fruto que hubiera deseado.

Mientras que sus soldados huían por todas direcciones, Yusuf acompañado solamente de un esclavo, y del persa Sabic, cliente de los Temin, atravesó el campo de Calatrava, y ganó la carretera que conducía á Toledo. Corriendo á rienda suelta, pasó delante de un lugarejo situado á diez millas de Toledo, donde fué reconocido, y donde un descendiente de los medinitas dijo á sus amigos: «Montemos á caballo y matémos á ese hombre; solo su muerte puede dar reposo á su alma, y al

«mundo, porque mientras viva será un tizon de discordia!» Aprobaron sus compañeros la proposición, montaron á caballo y como los tenían frescos, mientras que los dos fugitivos iban agobiados de fatiga, alcanzaron á los que perseguían á cuatro millas de Toledo y mataron á Yusuf y á Sabic. Solo el esclavo escapó de sus espadas y llevó á Toledo la triste nueva de la muerte del antiguo emir de España.

Cuando Abdallah ibn-Amr vino á ofrecer Abderramen la cabeza de su infortunado competidor, este príncipe que quería concluir con sus enemigos, hizo también decapitar á Abu-Zaid, uno de los dos hijos de Yusuf, y condenó á Abu-'l-Aswad, el otro (á quien no perdonó la vida sino en consideración á su extrema juventud) á cautividad perpétua. Solo Samail podía aun hacerle sombra. Una mañana se esparció el rumor de que había muerto de apoplejía estando ébrio. Los jefes maáditas introducidos en su calabozo, á fin de que pudieran convencerse de que no había fallecido de muerte violenta, encontraron al lado del cadáver vinos, frutas y confites. Ellos no creyeron sin embargo en una muerte natural, y en esto tenían razón; en lo que se equivoca-

ban era en suponer que Abderramen había hecho envanear á Samail. La verdad era que lo había hecho estrangular. (1)

(1) Véase á Macari, tomo I, pág. 24.

(a) Sobre este estandarte cuenta el Ajbar Madj-mua una curiosa tradicion: un devoto, Abu-l-Fralh As-Sadfori, que dominado por el deseo de la guerra santa, pasaba su vida entre la frontera de Aragon y la de Colomera, donde vivía era gran amigo del adivino Farkad, y pasando un dia cerca de Cazlona, este último le dijo: En esta ciudad ha de acontecer un infausto suceso: y le predijo lo que despues acaeció á Abderramen y Abu-Aswad ben Yusuf. Contóle luego la entrada de Abderramen en España, y añadió: «cuando pasemos por Sevilla te mostraré el paraje en que se ha de jurar su bandera.» Y habiendo caminado hasta llegar á la alquería, le dijo señalando á dos olivos: «Entre estos dos árboles se ha de jurar su bandera, y á este acto estará presente uno de los ángeles encargados de la defensa de las banderas con otros 40,000 y no... (esto falta en el texto) contra un enemigo, sin que este auxilio le preceda cuarenta dias.» Habiendo llegado esto á oídos de Abderramen, cuando envejecía aquel turbante, cubría sus pedazos con otro nuevo, y así continuó durante los reinados de Hixem Al-Haquen y Abd-er-Ramen II, hasta las campañas contra Mérida. Queriendo entonces renovar el estandarte, y hallando aquellos guñapos Abd-er-Ramen ben Ganin y Al-Escänderani los tiraron, poniendo el estandarte nuevo en ocasion, en que Chavar estaba ausente. Luego que este volvió, desaprobó altamente lo hecho y mandó que se buscasen los pedazos para ponerlos de nuevo, pero no se pudieron encontrar. (N. del T.)

(b) Como muestra de la semejanza de carácter entre los antiguos árabes y los modernos andaluces, citamos la siguiente anécdota: Hecho Kalib prisionero, Abderramen dió su guarda á dos enfermos, con orden de que si los suyos llevaban lo peor de la batalla lo matasen, por lo cual solía decir Kalib: «Jamás en mis oraciones hice invocación contra mi propio interés, más que aquel día; pues había dicho: Dios mio concede la victoria á Yusuf, y entonces estaba mi muerte en su victoria y mi ruina en la de Ebn-Moawiya.» (N. del T.)

(c) Véase á Rodrigo de Toledo, «Histor. Arab. cap. XVIII.» (N. del T.)

(d) El Ajbar Madjmua, dice que sentenció en contra de los demandantes. (N. del T.)



P. C. Monumental de la Alhambra y Gens. J. U.
CONSEJERIA DE CULTURA

XVI.

Abderramen había conseguido el objeto de sus deseos. El proscrito, que lanzado de un lado á otro por todos los azares de una vida aventurera, había errado de tribu en tribu por los desiertos del África, había llegado al cabo á ser dueño de un gran país, y sus más declarados enemigos habían perdido la vida.

No gozó sin embargo pacíficamente de lo que había alcanzado con la perfidia y el asesinato. Su poder no tenía raíces en España; solo lo debía al apoyo de los yemenitas, y desde el principio había podido convencerse de cuán precario era este apoyo.

Ardiendo en deseos de vengarse de la derrota de Secunda, y de recobrar la hegemonía de que habían estado privados tanto tiempo, la causa de Abderramen no era para ellos más que un pretexto: en realidad, mejor hubieran querido elevar al emirato á alguno de los suyos, si sus celos recíprocos se lo hubieran tolerado, y era de preveer que volviesen sus armas contra el príncipe en cuanto fuera vencido el enemigo común. En efecto, no dejaron de hacerlo, y durante sus treinta y dos años de reinado, vió Abderramen I su autoridad contestada ya por los yemenitas, ya por los berberes, ya en fin, por los fihiritas, que aunque batidos muchas veces se levantaban despues de cada derrota con nuevas fuerzas, como aquel gigante de la fábula á quien Hércules derribaba siempre en vano. Felizmente para él no había nunca union entre los jeques árabes, que tomaban las armas, yá para vengar agravios personales, ya para satisfacer un simple capricho, conocian confusamente que para vencer al emir era necesaria una confederacion de toda la nobleza; pero ellos no tenian el hábito de concertarse y de obrar unidos. Gracias á esta falta de union de sus enemigos, gracias tambien á su infa-

tigable actividad y á su política ya p \acute{e} rfi-
da y astuta, ya violenta y atr \acute{o} z, pero casi
siempre h \acute{a} bil, bien calculada y adaptada á
las circunstancias, Abderramen supo sos-
tenerse aunque solo apoyado por sus clien-
tes, algunos jeques que se le habian adheri-
do, y los soldados berberes que hab \acute{a} he-
cho venir de \acute{A} frica.

Entre las m \acute{a} s formidables de las numero-
sas revueltas intentadas por los yemenitas
es preciso contar la de All \acute{a} Ibn-Moghrith (1)
que estall \acute{o} el a \acute{n} o 763. Dos a \acute{n} os \acute{a} ntes, el
partido fihrita, de que Hixem ibn-Ozra hi-
jo de un antiguo gobernador de la pen \acute{i} nsu-
la era jeque ent \acute{o} nces se hab \acute{i} a sublevado
en Toledo y el emir no hab \acute{i} a conseguido
aun reducir esta ciudad cuando Al \acute{a} nom-
brado gobernador de Espa \acute{n} a por el califa
abasida Al-Manzor, desembarc \acute{o} en la pro-
vincia de Beja y enarbol \acute{o} el estandarte ne-
gro que le hab \acute{i} a dado el califa. (2) Ningu-
no m \acute{a} s propio para reunir los diferentes

(1) Difieren los autores \acute{a} rabes acerca de la tri-
bu \acute{a} que pertenec \acute{i} a Al \acute{a} . Los unos nombran \acute{a} la de
Yazob, otros \acute{a} la de Hadharamant, otros aun \acute{a} la de
Djodham.

(2) Se sabe que el negro era el color de los aba-
sidas.

partidos; puesto que no representaba esta ni aquella fraccion, sino la universalidad de los musulmanes. Así los fihritas de esta parte de España se juntaron á los yemenitas, y la posicion de Abderramen, asediado en Carmona, durante dos meses, llegó á ser tan crítica que se decidió á jugar el todo por el todo. Habiendo sabido que gran número de sus enemigos, fatigados por lo largo del sitio, se habian vuelto á sus hogares bajo diversos pretextos, eligió setecientos hombres, los mejores de la guarnicion, y haciendo encender una gran hoguera cerca de la Puerta de Sevilla, les dijo: «Amigos míos, es preciso vencer ó morir. Echemos en ese fuego las vainas de nuestras espadas, y juremos morir como bravos, si nó podemos alcanzar la victoria!» Lanzaron todos á las llamas las vainas de sus espadas, y saliendo de la ciudad se precipitaron sobre los sitiadores, con tal ímpetu, que éstos, despues de haber perdido los jefes y siete mil de los suyos, emprendieron la fuga en espantoso desórden. (a) El vencedor, irritado, hizo cortar la cabeza al cadáver de Alá y á los de sus principales compañeros, y queriendo quitarle al califa abasida las ganas de disputarle á España,

hizo limpiar estas cabezas, llenarlas de sal y de alcanfor, y despues de colocar en la oreja de cada una un papel en que se declaraba el nombre y la cualidad de aquel á quien había pertenecido, las hizo meter en un saco, juntando á ellas el estandarte negro, el diploma por el que Almanzor nombraba á Alá gobernador de España, y una relacion escrita de la derrota de los insurjentes. Con dádivas comprometió á un comerciante de Córdoba á llevar este saco á Cairawana, donde le llamaban negocios de comercio, y á colocarlo durante la noche en el foco de esta ciudad. El comerciante cumplió su comision sin ser descuberto, y se dice que Almanzor, noticioso de ello, exclamó aterrizado: «Doy gracias á Dios que cha puesto un mar entrè semejante enemigo y yo.» (1)

La victoria obtenida sobre el partido abasida fué pronto seguida de la rendicion de Toledo. (764) Cansados de la larga guerra

(3) Akjbar madjmoa fól. 91 r.-92 r. Ibn-al Cutia fól. 14 r y v. Ibn-Adhari, t. II, p. 53-55. Algunos historiadores dicen que el saco fué llevado por un peregrino de Córdoba no á Cairawana, sino á la Meca, donde Al-Manzor se encontraba entonces.

que tenían que sostener los toledanos, entraron en parlamentos con Bard y Tammán que mandaban el ejército del príncipe, y obtuvieron la amnistía después de haber entregado sus jefes. Cuando llevaban estos jefes á Córdoba, el emir envió á su encuentro un barbero, un sastre y un cestero. Según las órdenes que habían recibido el barbero afeitó á los prisioneros la cabeza y la barba; el sastre les hizo túnicas de lana, el cestero canastas y los habitantes de Córdoba vieron llegar un día á la ciudad asnos con canastas, de donde salían cabezas calvas y bustos estrañamente rebosados en estrechas y mezquinas túnicas de lana. Perseguidos por los silvidos del populacho, los infelices toledanos fueron paseados por la ciudad y crucificados en seguida. (1)

La manera cruel con que Abderramen castigaba á los que habían osado desconocer su autoridad, muestra suficientemente que quería reinar por el terror, pero los árabes, á juzgar por la rebelion de Matari, que estalló dos años después del suplicio de los nobles toledanos, no se dejaban intimi-

(1) «Akhbar madjmoua» fól. 92 r. y v. Ibn-Adhari t. II, pág. 55.

(2) «Akhbar madjmoua» fól. 92 v.

dar fácilmente. Este Matari era un jeque yemenita de Niebla. Una noche que había hecho libaciones demasiado copiosas, y en que la conversacion había recaído sobre la matanza de los yemenitas que habían combatido bajo el pendon de Alá, cojió su lanza, le ató un trapo, y juró vengar la muerte de sus contributos. Cuando despertó por la mañana había olvidado enteramente lo que había hecho la víspera, y al fijar los ojos en la lanza, transformada en estandarte, preguntó qué significaba aquello. Refiriósele entonces lo que había dicho y hecho la noche precedente, y lleno de terror exclamó: «Quitad al punto ese pañuelo de mi «lanza, á fin de que no se divulgue mi in-«discrecion.» Pero ántes que hubieran tenido tiempo de ejecutar esta orden: «Nó, dijo, «dejad ese estandarte. Un hombre como yo «no abandona un proyecto, sea el que quie-«ra:» y llamó á sus contributos á las armas. Supomantenerse algun tiempo, y cuando al fin fué muerto en el campo de batalla, sus compañeros continuaron defendiéndose con tanta tenacidad, que el emir se vió obligado á tratar con ellos y á concederles su gracia. (1)

(1) «Akhbar madjmoua» fól. 92 v. ef. Ibn-al-

Llegó su vez á Abu-Zabbah. Aunque Abderramen tuviera completa razón para desconfiar de este poderoso yemenita que había querido asesinarlo inmediatamente después de la batalla de Mozara, no juzgó sin embargo prudente romper con él, y le confió el gobierno de Sevilla; pero en el año 766, cuando ya no tuvo insurrectos que combatir, y se creyó bastante fuerte para no tener nada que temer de Abu-Zabbah, lo destituyó de su puesto. Furioso Abu-Zabbah, llamó á los yemenitas á las armas. Al pronto adquirió Abderramen la certeza de que la influencia de este jeque era mayor de lo que había creído. Entónces entabló negociaciones insidiosas; hizo proponer una entrevista al sevillano, y le hizo entregar por Ibn-Kalib un salvo conducto firmado de su puño. Abu-Zabbah vino entónces á Córdoba, y dejando los cuatrocientos caballeros que lo acompañaban á la puerta del palacio, tuvo con el emir una con-

Abbar pág. 45.

Sentibna (hoy Castro de Santober, en las orillas del Guadiela) era una ciudad importante en la época de la dominación arábiga, Gayangos, notas sobre Bazi, pág. 47.

versacion secreta. Tratóle, segun dicen, con palabras injuriosas. Entónces Abderramen trató de darle de puñaladas con su propia mano; pero la vigorosa resistencia del jefe sevillano le obligó á llamar á sus guardias y hacerle matar por ellos. Acaso hubo más premeditacion en este homicidio que la que los clientes omniadas, que han escrito la historia de sus patronos han querido confesar.

Cuando Abu-Zabbah espiró, Abderramen hizo echar una manta sobre su cadáver, y borrar cuidadosamente las huellas de su sangre, y habiendo luego mandado venir á sus visires, le dijo que Abu-Zabbah estaba prisionero en palacio, y les preguntó si convendría matarlo. Todos le aconsejaron no hacerlo. «Sería muy peligroso, le «dijeron, porque los ginetes de Abu-Zabbah están á las puertas de palacio y vuestras tropas ausentes.» Uno solo no participó de su opinion; era un pariente del emir que espresó la suya en estos versos:

Hijo de los califas, os doy un buen consejo, induciéndoos á matar á ese hombre, que os ódia, y que arde en deseos de vengarse de vos. Que no se os escape, porque

si queda con vida será para nosotros el origen de una gran desgracia. Concluid con él y quedaréis desembarazado de una gran enfermedad. Sepultadle en el pecho una buena hoja damasquina: cuando se trate de semejante hombre, hasta la violencia es generosidad.

Sabed, pues, replicó entonces Abderramen, que lo hé hecho matar, y sin atender á la sorpresa de sus visires levantó la manta estendida sobre el cadáver.

Los visires que no habian desaprobado la muerte de Abu-Zabbah, sino porque temian el efecto que semejante violencia habia de producir en sus acompañantes, concieron muy luego que semejante temor carecía de fundamento, pues cuando un empleado de palacio les anunció que su jefe no existía, y que ellos podian marcharse, se retiraron tranquilamente; circunstancia estraña que hace suponer, si Abderramen, no queriendo obrar sino sobre seguro, los había corrompido de antemano.

Un solo cliente, omeya, tuvo sentimientos bastante elevados para condenar esta traicion infame de que había sido instrumento sin saberlo; era Ibn-Khalid, el que había remitido al jefe sevillano el salvo-conducto

del emir. Retiróse á sus tierras y desde entónces rehusó constantemente aceptar ningun empleo. (1)

Poco tiempo despues de la muerte de Abu-Zabbah estalló una gran insurreccion entre los berberes, que hasta entónces habian estado tranquilos. Fué escitada por un maestro de escuela, semi-fanático, semi-impostor, que vivía en el Este de España, y se llamaba Chakya. Pertenece á la tribu berbere de Miknesa, pero ya sea que su cerebro se hubiera turbado con el estudio del Coran, las tradiciones relativas al Profeta y la historia de los primeros tiempos del islamismo, ya sea que la ambicion le llevara á hacerse jefe de partido, creia ó pretendia creer que descendía de Ali y de Fátima, la hija del Profeta. Los crédulos berberiscos aceptáron esta impostura, tanto más fácilmente, cuanto que por una circunstancia fortuita, la madre del maestro de escuela se llamaba tambien Fátima, y cuando Chakya, ó más bien Abdallah, hijo de Mohammed, porque así era como se hacía llamar, vino á establecerse en el pais que se estiende entre el Guadiana y el Tajo,

(1) «Akhbar majmoua» fól. 930. Ibn-Adhari, II, páj. 56-57. Nowacri páj. 441.

los berberes que constituian la mayoría de la población musulmana, y que estaban siempre dispuestos á tomar las armas cuando se lo ordenaba un marabut, acudieron en tropel bajo sus estandartes, de tal manera, que pudo apoderarse sucesivamente de Sontebria (1) de Mérida, de Coria y de Medellin, Batió las tropas que envió contra él el gobernador de Toledo; ganó á su causa los berberes que servian en la hueste del cliente omeya Obaidallah; atacó á los otros soldados de este general, los derrotó; se apoderó de su campo y supo siempre escapar á las persecuciones de Abderramen, retirándose á las montañas. En fin, despues de seis años de guerra, Abderramen buscó y obtuvo el apoyo de un berber que era en aquella época el jefe más poderoso en el Este de España, y que miraba con ojos celosos el poder y los triunfos del pretendido fatimita. Entónces se introdujo la discordia entre los berberes, y Chakya se vió obligado á abandonar á Sontebria y á retirarse há-

(1) Ibn-al-Coutia llama á este rio que parece haber llevado también el nombre de Wadi-Cais (rio de los caisitas) como se encuentra en Ibn-Adhari.

cia el norte; (1) pero mientras Abderramen marchaba contra él, asolando los campos y las aldeas de los berberes que se encontraba en su camino, estalló otra revuelta en el Oeste donde los yemenitas no esperaban mas que una ocasion favorable para vengar la muerte de Abu-Zabbah. El alejamiento del emir suministró esta ocasion y ellos marcharon sobre la capital, de que esperaban apoderarse por un golpe de mano, mandados por los parientes de Abu-Zabbah que eran gobernadores de Beja y de Niebla y reforzados por los berberes del Oeste; trabajados hacia mucho tiempo á lo que parece por los emisarios del Marabut.

No bien hubo recibido Abderramen estas enojosas nuevas, cuando volvió apresuradamente á Córdoba, y rehusando detenerse ni una sola noche en su palacio, como se lo proponían, halló á sus enemigos atrincherados en la ribera del Bembezar (2) Habíendose pasado los primeros dias en escaramuzas poco importantes Abderramen se valió de sus clientes berberes, entre los que se hallaban los beni-al-Khali, para separar

(1) «Akbar madjmoua» fól. 93 v. 94 r. Ibn-al-Coutia fól. 13 r. y v. Ibn-Adhari t. III pág. 52-53.

(2) Soliman ibn-Yacdhan al-Arabi.

á los berberes de su alianza con los yemenitas. Habiéndose deslizado en el campo enemigo al caer la noche, los clientes hicieron comprender á los berberes que si el emir, único que podía defenderlos contra el odio celoso de los árabes, perdía su trono, su espulsión sería la consecuencia inevitable. «Podeis contar, añadieron, con el reconocimiento del príncipe, si quereis abandonar una causa contraria á vuestros intereses y abrazar la suya.» Sus consejos prevalecieron: los berberes les prometieron hacer traición á los yemenitas, cuando el combate, fijado para el dia siguiente, se hubiera trabado. Cumplieron su promesa. Antes de la batalla, dijeron á los yemenitas: «Nosotros no sabemos combatir más que á caballo, mientras que vosotros sabeis muy bien combatir á pié: dadnos todos los caballos que teneis.» No teniendo ninguna razon para desconfiar de ellos los yemenitas consintieron en su demanda. Lugar tuvieron de arrepentirse de ello, pues habiendo comenzado el combate, los berberes que habian obtenido caballos, fueron á juntarse á la caballería Omeya, y mientras que cargaban vigorosamente á los yemenitas, huyeron los otros berberes. Los yemenitas fue-

ron rotos por todas partes. Entónces comenzó una horrible carnicería. Los soldados de Abderramen, en su ciego furor herian indistintamente á todos los que encontraban, á despecho de la órden que habían recibido de perdonar á los berberes fugitivos. Treinta mil cadáveres cubrieron el campo de batalla, y fueron enterrados en una fosa que todavía se enseñaba en el siglo X. (1)

La revolucion de los berberes del centro, no fué reprimida sino despues de diez años de guerra, cuando Chakya fué asesinado por dos de sus compañeros, y duraba aun cuando una confederacion formidable llamó á España á un conquistador extranjero. Los miembros de esta confederacion eran el kelbita al-Arabi (2) gobernador de Barcelona, el fihirita Abderramen-ibn-Habib, yerno de Yusuf y apellidado el «Eslavo,» porque su cuerpo delgado y alto, su blonda

(1) Ibn-al-Abbar pág. 56.

(2) Así es como creo entender estas palabras del «Akhbar madjmua» El eslavo escribió á al-Arabi para pedirle hacer causa comun con él. Al-Arabi le respondió: «no dejaré de ayudaros.» El eslavo quedó tanto más descontento con esta respuesta, quanto que veía que Abū-Arabi no reunía tropas para venir en su ayuda, etc,

cabellerá y sus azules ojos recordaban el tipo de esta raza, de que muchos individuos vivían en España como esclavos, y en fin, Abu-'l-Aswad, hijo de Yusuf, que Abderamen había condenado á cautividad perpétua, pero que había logrado burlar la vigilancia de sus carceleros, fingiéndose ciego. Al principio no se quiso creer su ceguera. Se le hicieron sufrir las pruebas más difíciles, pero el deseo de libertad le hizo no descuidarse ni un momento, y representó su papel con tanta perseverancia y con tanto talento para engañar, que al cabo todo el mundo lo creyó. Viendo entónces que sus carceleros no hacían mucho caso de él, concertó su plan de evasión con uno de sus clientes que había obtenido permiso de venir de cuando en cuando á visitarlo. Y una mañana que llevaban los presos por un camino subterráneo, al río, para que se lavasen, el cliente se apostó con algunos amigos y caballos en la ribera opuesta. Aprovechando un momento de descuido, Abu-'l-Aswar se tiró al río, lo atravesó á nado, montó á caballo, tomó á galope el camino de Toledo y llegó sin obstáculo á esta ciudad. (1)

(1) Comparad acerca de todos estos aconteci-

Tan profundo era el ódio que estos tres jefes profesaban á Abderramen, que resolvieron implorar el auxilio de Carlomagno, apesar de que este conquistador, que yá llenaba el mundo con la fama de sus hazañas, era el más encarnizado enemigo del islamismo. Fueron, por consiguiente, en el año 777 á Paderborn, donde Carlomagno tenía entónces un Campo de Mayo, y le propusieron una alianza contra el emir de España. Carlomagno no vaciló en aceptar la proposición. Tenía entónces las manos libres, y podía pensar en nuevas conquistas. Los sajones se habian sometido (así al menos lo creía) á su dominio, y al cristianismo. Millares de ellos venian en aquel momento á bautizarse en Paderborn, y Wittekind, el más terrible de sus jefes se había visto obligado á dejar el país y buscar asilo en las tierras de un príncipe danés. Se convino, pues, en que Carlomagno franquearía el primero, con numerosas tropas que al-Arabi y sus aliados del norte del Ebro le reconocieran por soberano, y que el «Eslavo» des-

mientos los anales francos en Pertz. «Manun. Germ. t. I, pág. 16, 81, 156-9, 296-394 con el «Akhbar madjmua», fól. 94 v. 95 v. y 96 v.

pues de haber reclutado tropas berberiscas en África, las conduciría á la provincia de Todmir, (Murcia), donde secundaría el movimiento del norte, enarbolando el estandarte del califa abasida, aliado de Carlomagno. En cuanto á Abu-'l-Aswad ignoramos la parte de España en que debía operar.

Esta formidable coalicion, que no había decidido su plan de campaña sino despues de haberlo deliberado maduramente, amenazaba ser infinitamente mas peligrosa para Abderramen que ninguna de las precedentes; afortunadamente para él la ejecucion no correspondió á los preparativos. Verdad es que el «Eslavo» desembarcó con un ejército berberisco en la provincia de Todmir; pero llegó demasiado pronto y ántes que Carlomagno hubiera pasado el Pirineo, así que cuando pidió socorros á Al-Arabi, este le mandó á decir, que segun el plan adoptado en Paderborn, su papel era permanecer en el norte para secundar al ejército de Carlomagno. (1) El odio entre fihiritas y yemenitas estaba demasiado ar-

(1) Véase el poema de Abu-'l-Makhchi sobre esta batalla «apud» Ibn-al-Khatib, man. P. fól. 214 r. y v.

raigado para que no se supusiera traicion por ambas partes. Creyéndose el «Eslavo» vendido por Al-Arabi, volvió sus armas contra él, fué batido, y de vuelta á la provincia de Todmir, asesinado por un berber de Oretum á quien imprudentemente había concedido su confianza, no sospechando que era un emisario de Abderramen.

En el momento, pues, en que el ejército de Carlomagno se aproximaba al Pirineo, uno de los tres jefes árabes con quienes contaba, había dejado de existir. El segundo, Abu-'l-Aswad, lo apoyó tan débilmente que ninguna crónica franca ni árabe nos cuenta lo que hizo. No le quedaba, pues, más que Al-Arabi, y sus aliados del norte, tales como Abu-Thor, gobernador de Huesca y el cristiano Galindo, conde de Cerdeña. Sin embargo, al-Arabi no había permanecido inactivo. Secundado por el defensor Hosain ibn-Yahya, uno de los descendientes de aquel Sad ibn-Obada, que había aspirado al califato despues de la muerte del Profeta, se había hecho dueño de Zaragoza. Pero cuando el ejército de Carlomagno llegó delante de las puertas de esta ciudad, no pudo vencer la repugnancia que tenían sus correligionarios á admitir al rey de los fran-

ceses dentro de sus muros; el defensor Hosain ibn-Yahica, sobre todo, no hubiera podido consentirlo sin renegar de los recuerdos de su familia, que le eran tan sagrados. Viendo que no podía persuadir á sus conciudadanos, y no queriendo que Carlomagno supusiere que lo había engañado, Al-Arabi se puso en sus manos espontáneamente.

Habia debido, pues, Carlomagno empezar el sitio de Zaragoza cuando recibió una noticia que trastornó todos sus proyectos: Wittekind había vuelto á Sajonia; á su voz los sajones habían vuelto á tomar las armas aprovechando la ausencia del ejército francés, y llevándolo todo á sangre y fuego habían penetrado ya hasta el Rhin, apoderándose de Deutz, frente á frente de Colonia.

Obligado á dejar á toda prisa las orillas del Ebro para volver á las del Rhin, Carlomagno marchó hácia Roncesvalle. Entre las rocas y las selvas que dominan el fondo septentrional de este valle, se habían emboscado los vascos, llevados por su ódio inveterado contra los francos, y ávidos de botín. Desfilaba el ejército francés en una línea delgada y larga, como lo exigía lo estrecho del terreno. Los vascos dejaron pa-

sar la vanguardia, pero cuando llegó la retaguardia embarazada con los bagajes, se precipitaron sobre ella, y aprovechando la ligereza de sus armas y la ventaja de su posición, la arrojaron al fondo del valle, mataron después de un tenaz combate hasta el último, y entre ellos á Rolando, capitán de la frontera de Bretaña: luego saquearon los bagajes y protegidos por las sombras de la noche, que ya espesaban, se desparrramaron por diversos lugares con estrema celeridad. (1)

Tal fué el desastroso fin de esta expedición de Carlomagno, emprendida con tan felicísimos auspicios. Todos contribuyeron á que se malograra, excepto el emir cordobés contra quien iba dirigida, pero el que se apresuró al menos á aprovecharse de las ventajas que debía á sus rebeldes súbditos de Zaragoza, á los vascos cristianos y á un jefe sajón, cuyo nombre mismo le era acaso desconocido, y marchó contra Zaragoza para obligarle á volver á la obediencia. Antes que hubiese llegado el término de su viaje, Al-Arabi que había acompañado en su re-

(1) «Akhbar madjmua» fól. 98.r. y v. Ibn-Adhari, ». II p. 61-62.

tirada á Carlomagno, y que despues había vuelto á Zaragoza, había dejado de existir. El defensor Hosain que lo consideraba como un traidor á su religion, le hizo dar de puñaladas en la mezquita. Asediado ahora por Abderramen, Hosain se sometió. Mas tarde, levantó de nuevo el estandarte de la rebelion, però entónces sus conciudadanos asediados de nuevo, lo entregaron á Abderramen, que despues de haberle hecho cortar los pies y manos, lo hizo matar á golpes de maza. Dueño de Zaragoza el emir, atacó á los vascos, é hizo tributario al conde de Cerdeña. (d) Por último, Abu-'l-Awas intentó aun otra revolución, pero con la batalla de Guadalimar le hizo traicion el general que mandaba su ala derecha. Los cádáveres de cuatro mil de sus compañeros «sirvieron de pasto á los lobos y á los buitres.» (1)

Abderramen había pues salido vencedor de todas las guerras que tuvo que sostener contra sus súbditos. Sus triunfos imponian admiracion hasta á sus mismos enemigos. Se cuenta, por ejemplo, que el califa abasida

(1) Ibn-al-Coutia, fól. 18 r. ff Khochani, pág. 204-5.

Almanzor, preguntó un día á sus cortesanos: «¿Cuál es en vuestra opinion el que merece ser llamado el Sacre de Corech?» Creyendo que el Califa ambicionaba este título, los cortesanos contestaron sin vacilar: «Sois vos, príncipe de los creyentes, que habéis vencido á poderosos príncipes, domando tantas revueltas y puesto término á las discordias civiles.» — «No soy yo,» replicó el califa.» Los cortesanos nombraron entonces á Moawia y Abdelmelic. «Ni uno ni otro, dijo el califa: en cuanto á Moawia, Omar y Othman, le habian allanado el camino, y en cuanto á Abdelmelic, estaba apoyado por un partido poderoso. El Sacre de los de Corech es Abderramen, hijo de Moawia, que despues de haber recorrido solo los desiertos del Etna y del África tuvo la audacia de aventurarse sin ejercicio en un pais que le era desconocido y situado al otro lado del mar. No teniendo por apoyo más que su habilidad y su perseverancia, ha sabido humillar á sus orgullosos adversarios, matar los rebeldes, mantener seguras sus fronteras contra los ataques de los cristianos, fundar un gran imperio y reunir bajo su cetro un pais que parecía ya partido entre diversos jefes.»

(1) Estas mismas ideas espresaba Abderramen en sus versos con legítimo orgullo. (e) Pero caros había pagado sus triunfos este tirano, pérfido, cruel, vengativo, despiadado y si ningun jefe árabe, osaba ponérsele de frente, todos le maldecían en secreto. Ningun hombre de bien quería entrar á su servicio. Habiendo consultado á sus visires sobre la eleccion de un cadí de Córdoba, sus dos hijos Soliman é Hixem estuvieron de acuerdo (lo que sucedía rara vez) en recomendarle á Mozab, piadoso y virtuoso anciano. Abderramen lo hizo venir y le ofreció el cadiazgo. Pero persuadido Mozab que bajo un príncipe que ponía su poder sobre las leyes no sería sino instrumento de tiranía, rehusó aceptarlo, apesar de las reiteradas instancias del emir. Irritado con esta repulsa, Abderramen que no podía sufrir la menor contradiccion, se retorció ya el bigote, lo que en él era la señal de una terrible borrasca, y los cortesanos esperaban oír desu boca una sentencia de muerte. «Pero «Dios, dice un cronista árabe, le hizo abandonar su culpable designio.» El venerable

(1) «Akhbar madjmua» fól. 95 r. Macari t. II, pág. 30.

anciano le imponía un voluntario respeto y dominando su ira, ó desmenuzándola al menos, se contentó con decirle: «Sal de aquí y «maldiga Dios á los que te han recomendado.» (1)

Poco á poco vió escapársele hasta el apoyo con que hubiera debido contar en todas ocasiones, muchos de sus clientes lo abandonaron. Algunos de ellos, como Ibn-Khalib réhusaron seguirle en la via de traiciones y crueldades en que se había empeñado. Otros, escitaron sus sospechas y Obaidallah fué de este número. Se decia que queriendo hacerse necesario al emir, que á lo que pensaba trataba de desembarazarse de él, había favorecido la defeccion de su sobrino Wadjih que había abrazado el partido del pretendiente fatimita. Por su parte Abderramen, cuando lo tuvo en su poder lo trató con todo rigor, haciéndole cortar la cabeza, apesar de las súplicas de Obaidallah. (2) Algun tiempo despues, Obaidallah fué acusado, sin razon ó con ella, de haber tomado parte en un complot urdido por dos parientes del emir; pero Abderramen no tenía en sus manos pruebas suficientes de su

(1) Macari t. II, pág. 30.

(2) Véase Macari, t. II, pág. 274 sig.

complicidad, y por poco escrupuloso que fuera, vacilaba en condenar á muerte, por una simple sospecha al anciano á quien debía el trono. Fué, pues clemente á su manera. «Yo infligiré á Obaidallah un castigo que le sea mas doloroso que la misma (muerte;» y desde entónces le trató con una cruel indiferencia. (1)

No hubo ninguno hasta el fiel Bardr que no cayera en desgracia. Abderramen le confiscó los bienes, le prohibió salir de su casa, y acabó por relegarlo á una ciudad fronteriza; pero conviene decir que Bardr se había apartado del respeto que debía á su señor, y le había enojado con sus quejas injustas é insolentes. (2)

Desavenido con sus clientes mas considerados, Abderramen vió conspirar contra él hasta su propia familia. Desde que llegó á ser dueño de España, hizo venir á su corte á los Omeyas, dispersos por el Asia y el África; los colmó de riquezas y honores, y solía decir á menudo: «El mayor beneficio que he recibido de Dios despues del poder es el de estar en estado de ofrecer un asi-

(1) Maccari t. II. pág. 32.

(2) «Akjbar madjmua» fól. 93 v. Maccari t. II, pág» 31, 32.

do á mis parientes, y de hacerles bien. «Confieso que mi orgullo se muestra halagado cuando ellos admiran la grandeza á «que hé subido, y que no debo á nadie más «que á Dios.» (1) Pero estos Omeyas, movidos por la ambicion ó no pudiendo sufrir el despotismo quisquilloso del jefe de su familia, se pusieron á conspirar. La primera conspiracion fué urdida por dos príncipes de la sangre y tres nobles, que fueron delatados, presos y decapitados. (2) Años despues fué tramada otra por Moghira, sobrino de Abderramen, y por Hodhail, que tenía que vengar aun la muerte de su padre Samail, estrangulado en su prision. Fueron delatados tambien y castigados del mismo modo. Cuando hubieron cesado de vivir, un cliente Omeya, entró donde estaba Abderraman. Le encontró solo, sério y abatido, con los ojos fijos en el suelo, y como perdido en tristes reflexiones. Abandonando lo que pasaba en el alma de su señor asaz quebrantado segunda vez en su orgullo de jefe de familia, y herido en sus más íntimas afecciones, el cliente se aproximó con pre-

(1) Maccari, t. II, p. 32, 33.

(2) Maccari t. II, pág. 32, 33.

caucion sin hablar palabra. «¡Qué parientes los míos!» exclamó al fin Abderramen. «Cuando procuraba asegurarme un trono, «con peligro de mi vida, pensaba en ellos «tanto como en mí mismo. Habiendo logrado mi proyecto les rogué que vinieran aquí «y hé partido con ellos mi opulencia. Y «ahora quieren arrancarme lo que Dios me «dió! Señor Omnipotente! tú los has castigado por su ingratitud, haciéndome conocer sus infames complós, y si les hé quitado la vida ha sido por preservar la mia! «Sin embargo, qué triste es mi suerte! Sospecho de todos los miembros de mi familia, y por su parte todos ellos temen que «yo atente á su vida! Qué confianza, que «espancion puede ya haber entre nosotros? «Qué relaciones pueden existir ya entre mí «y mi hermano el padre de ese desgraciado «jóven? Cómo podré yo estar tranquilo á su «lado, yo, que he condenado á su hijo á «muerte! He roto los lazos que nos unian! «¿Cómo podrán mis ojos encontrar los suyos?» Luego, dirigiéndose á su cliente prosiguió: «Vete á buscar en este mismo instante á mi hermano, escúsame con él lo «mejor que puedas, dale cinco mil monedas «de oro que vés ahí, y dile que se marche

«á la parte de África que quieras»

El cliente obedeció en silencio y encontró al infortunado Walid medio muerto de miedo. Lo animó, le entregó la suma que el emir le remitía, y le refirió las palabras que le había oído decir. «Ayl dijo entonces Walid, «el crimen cometido por otro, recae sobre «mí! Este hijo rebelde que ha ido en busca «de la muerte que merecía, me ha arras- «trado en su pérdida, á mí, que no buscaba «más que el reposo, y que me habría con- «tentado con un pequeño rinconcito en la «tienda de mi hermano! Pero yo obedeceré «su orden; es nuestro deber someternos á «lo que Dios ha resuelto! Vuelto cerca de su Señor el cliente, le anunció que Walid hacía ya sus preparativos para dejar á España, y le repitió las palabras que le había escuchado. «Mi hermano dice la verdad,» exclamó el príncipe sonriéndose con amargura, «pero que no espere engañarme con esas pa- «labras y ocultarme su entero pensamiento. «Le conozco, y sé que si pudiera apagar con «mi sangre su sed de venganza, no tendría un momento de vacilacion.» (1)

Execrado por los jefes árabes y berberes, desavenido con sus clientes, vendido por su

(1) Maccari, t. II, pág. 25.

familia, Abderramen se encontró cada vez más aislado. En sus primeros años de reinado, cuando gozaba aun de cierta popularidad, por lo menos en Córdoba, gustaba de recorrer casi solo las calles de la capital y mezclarse con el pueblo, ahora desconfiado y sombrío, se había hecho insensible, no salía casi nunca de su palacio, y cuando lo hacía era rodeado de numerosa guardia. (1) Desde la gran insurrección de los yemenitas y los berberes del Oeste, vió en el aumento de tropas mercenarias el escaso medio de mantener á sus súbditos en obediencia. Compró, pues, sus esclavos á los nobles para alistarlos, hizo venir de África una infinidad de berberes, y elevó así su ejército permanente hasta 40,000 hombres (2) ciegamente adictos á su persona, pero completamente indiferentes á los intereses del país.

Acostumbrar á los árabes y á los berberes á la obediencia, obligarlos á contraer hábitos de orden y de paz, tal era la constante preocupación de Abderramen. Para rechazar este pensamiento empleó todos los medios á que recurrieron los reyes en el siglo

(1) Maccari «ibid.»